Treintaicinco años después. 1971-1906 (La Comuna de París revolución rusa permanente campesinado proletariado)

León Trotsky

Diciembre de 1905

(Versión al castellano de Vicent Blat desde *Leon Trotsky on The Paris Commune*, Pathfinder Press, Nueva York, 1972, páginas 10-26. Escrito por Trotsky en diciembre, en prisión, a la espera de su juicio por la participación en la revolución rusa de 1905.)

Los proletarios de París, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, han comprendido que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus propias manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho absoluto erigirse en dueños de sus propios destinos, apoderándose del poder gubernamental.
Proclamación del Comité Central de la Guardia Nacional de París, 18 de marzo de 1871

El lector ruso puede familiarizarse con la historia de la Comuna de París de 1871 a través del libro de Lissagaray, que, si no nos equivocamos, está a punto de salir a la luz en varias ediciones. Puede familiarizarse con la filosofía de esta historia a través del inmortal folleto de Marx, que cuenta con una introducción muy valiosa de Engels[1]. Por lo que sabemos, la literatura marxista posterior no ha añadido nada esencial en los últimos treinta y cinco años a lo que Marx dijo sobre la Comuna. La literatura no marxista ni siquiera merece ser mencionada: por su propia naturaleza, es incapaz de decir nada sobre este tema. Todo lo que hay disponible en ruso, hasta las últimas ediciones traducidas, no es más que una torpe repetición de los chismes insustanciales de la reacción internacional, aderezados con los juicios filosóficos y morales del policía Mymretsov.

La policía y la censura han sido las únicas circunstancias que nos han impedido interesarnos por la Comuna. El carácter mismo de la ideología que ha imperado en nuestros círculos progresistas (liberales, liberal-narodniki y narodniki-socialistas) es completamente ajeno a esa estructura de relaciones, intereses y pasiones que se manifestaron en este episodio inolvidable de la lucha proletaria. Pero si hace unos años estábamos aparentemente más lejos que cualquier nación europea de las tradiciones de la Comuna de París, entonces ahora, al atravesar la primera fase de nuestra propia revolución, que la lucha del proletariado ha convertido en una revolución en permanencia, una revolución ininterrumpida, nos enfrentamos a la herencia de la Comuna de 1871 más directamente que cualquier nación europea.

Para nosotros, la historia de la Comuna ya no es solo un gran momento dramático en la lucha internacional por la liberación, ni una mera ilustración de algún tipo de situación táctica; es una lección directa e inmediata.

El estado y la lucha por el poder

La revolución es la prueba de resistencia entre las fuerzas sociales en la lucha por el poder. La revuelta de las masas populares, puesta en marcha por impulsos e intereses vitales elementales, a menudo sin ninguna concepción de los caminos y objetivos del movimiento: un partido escribe “Ley y justicia” en sus pancartas, otro “orden”; los “héroes” de la revolución se guían por una conciencia del “deber” o se dejan llevar por la

[1] *La guerra civil en Francia.* Anexos, en nuestras Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS).

ambición; el comportamiento del ejército viene determinado por la disciplina, que no razona, por el miedo, que consume la disciplina, o, por fin, por la visión revolucionaria, que vence tanto a la disciplina como al miedo; el entusiasmo, el interés propio, la rutina, los vuelos de la imaginación, la superstición, el sacrificio; miles de sentimientos, ideas, estados de ánimo, capacidades y pasiones se lanzan al poderoso remolino, son arrastrados por él, perecen o salen a la superficie; pero el sentido objetivo de una revolución es este: es una lucha por el poder estatal en nombre de la reconstrucción de unas relaciones sociales obsoletas.

El estado no es un fin en sí mismo. No es más que una máquina en manos de la fuerza social dominante. Como cualquier máquina, el estado tiene su mecanismo motor, su mecanismo de transmisión y su mecanismo de trabajo[2]. La fuerza motriz es el interés de clase; su mecanismo: la agitación, la prensa, la propaganda de las iglesias y las escuelas, el partido, las reuniones en la calle, la petición, la insurrección. El mecanismo de transmisión es la organización legislativa de la casta, la dinastía, el estamento o el interés de clase bajo el pretexto de la voluntad divina (absolutismo) o nacional (parlamentarismo). Y, por último, la maquinaria operativa es la administración y la policía, los tribunales y las prisiones, el ejército. El estado no es un fin en sí mismo. Pero es un medio formidable de organización, desorganización y reorganización de las relaciones sociales. Puede ser una palanca de profunda transformación social o un instrumento de estancamiento organizado, dependiendo de en manos de quién se encuentre.

Todo partido político digno de ese nombre se esfuerza por adquirir el poder de gobierno y, de este modo, poner al estado al servicio de la clase cuyos intereses representa. La socialdemocracia[3], como partido del proletariado, aspira naturalmente al dominio político de la clase obrera.

El proletariado crece y se fortalece a la par que crece el capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es el desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder pase a manos de la clase obrera no dependen directamente del nivel de las fuerzas productivas, sino de las relaciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, por último, de una serie de factores subjetivos: la tradición, la iniciativa y la disposición a la lucha.

En un país económicamente más atrasado, el proletariado puede llegar al poder antes que en un país capitalista avanzado. En 1871 "tomó conscientemente en sus propias manos la dirección de los asuntos públicos" en el París pequeñoburgués (ciertamente, solo durante dos meses), pero no tomó el poder ni siquiera durante una hora en los grandes centros capitalistas de Inglaterra y Estados Unidos. La idea de que la dictadura del proletariado depende de algún modo automáticamente de las fuerzas y los medios técnicos del país representa un prejuicio propio de un materialismo "económico"

---

[2] El texto ruso dice literalmente que "... el estado tiene sus mecanismos de movimiento, transmisión y ejecución". Por el contexto, queda claro que Trotsky se refería a la definición de maquinaria de Marx, por lo que este párrafo de Trotsky se ha traducido en consecuencia. Marx distingue entre una simple herramienta utilizada en la artesanía (una sierra de mano, por ejemplo) y la maquinaria moderna, en la que la herramienta o "máquina de trabajo" (los dientes de una sierra eléctrica) es accionada por un "mecanismo motor" (la fuente de energía) mediante el "mecanismo de transmisión" (engranajes, poleas, etc.). Véase *El Capital*, vol. I, cap. 15, sec. 1. Traductor al inglés.

[3] El texto ruso dice "democracia" en lugar de "socialdemocracia", como se traduce aquí. Probablemente se trate de un error tipográfico. Trotsky había sido detenido y es muy posible que no viera las pruebas de imprenta de este ensayo. En *Resultados y perspectivas,* de Trotsky, el pasaje idéntico dice "socialdemocracia". Ver página 25 del formato pdf en estas mismas EIS. El traductor al inglés.

extremadamente simplificado. Tal punto de vista no tiene nada en común con el marxismo.

Los obreros parisinos tomaron el poder el 26 de marzo de 1871, no porque las relaciones de producción hubieran madurado para la dictadura del proletariado, ni siquiera porque a los trabajadores les pareciera entonces que dichas relaciones hubieran "madurado", sino porque se vieron obligados a tomar el poder por la traición de la burguesía en materia de defensa nacional. Marx lo señala. Solo era posible defender París, y con él toda Francia, armando al proletariado. Pero un proletariado revolucionario es una amenaza para la burguesía, y un proletariado armado es una amenaza armada. El gobierno de Thiers, que no se preocupaba en movilizar a las masas francesas contra las huestes de Bismarck, que rodeaban París, sino en movilizar a las huestes reaccionarias de Francia contra el París proletario, se retiró a Versalles para conspirar, dejando la capital en manos de los obreros, que querían libertad para su país y felicidad para ellos mismos y su pueblo. El proletariado reconoció que había llegado la hora en que debía salvar al propio país y convertirse en dueño de sus propios destinos. No podía negarse a tomar el poder; se vio obligado a ello por la sucesión de acontecimientos políticos. El poder le sobrevino de improviso. Sin embargo, cuando tomó el poder, comenzó, como por la fuerza de su propio peso de clase (con vacilaciones hacia un lado u otro), a avanzar por el camino correcto. Su posición de clase, tal y como explican Marx y Engels, la obligó, en primer lugar, a reformar adecuadamente el aparato del poder estatal, y también le sugirió la política correcta en el ámbito de la economía. Si la Comuna se derrumbó, no fue en absoluto porque las fuerzas productivas estuvieran insuficientemente desarrolladas, sino por toda una serie de razones de carácter político: el bloqueo de París y su aislamiento de las provincias, circunstancias internacionales extremadamente desfavorables, sus propios errores.

La república y la dictadura del proletariado

La Comuna de París de 1871 no fue, por supuesto, una comuna socialista; su régimen ni siquiera fue un régimen desarrollado de revolución socialista. La "Comuna" no fue más que un prólogo. Estableció la dictadura del proletariado, la premisa necesaria de la revolución socialista. París entró en el régimen de la dictadura del proletariado no porque proclamara la república, sino porque, de noventa representantes, eligió a setenta y dos representantes de los trabajadores y se puso bajo la protección de la guardia proletaria. Sería más acertado decir que la propia república no era más que la expresión natural e ineludible del "poder obrero" que se había establecido de hecho.

Alexander Millerand, quien actuó como una especie de rehén "socialista" en el gobierno burgués del difunto Waldeck-Rousseau, junto al difunto verdugo de la Comuna, el general Gallifet; este antiguo socialista Millerand proclamó como lema político: "La república es la fórmula política del socialismo; el socialismo es el contenido económico de la república". Es necesario reconocer que esta "fórmula política" carece de cualquier tipo de "contenido socialista". Las repúblicas contemporáneas, al ser organizaciones formalmente democráticas, expresiones de la voluntad popular, siguen siendo en esencia "fórmulas" estatales de la dictadura de las clases poseedoras. Cuando se separó de Suecia, Noruega podría haber permanecido tal y como se presentó tras la separación, es decir, podría haber seguido siendo una república, sin transformarse en lo más mínimo en la "fórmula política del socialismo"; se puede afirmar que ni un solo pelo se habría caído de la cabeza del burgomaestre Stockmann ni de otros "pilares de la sociedad". Pero Noruega prefirió tener un rey (¡el ejército de reserva de candidatos más augustos es muy grande!) y, de este modo, dio los últimos toques a su república provisional independiente.

Un tal señor Grimm, al parecer profesor, además de escritor liberal y, por si fuera poco, colaborador de *Polarnaya Zvezda* ("la Estrella del Norte"), nos explicó recientemente a nosotros, los "doctrinarios con entusiasmos literarios", que una "república democrática" no es ni una "panacea" ni "la forma más absolutamente perfecta de organización política". Si el señor Grimm estuviera siquiera ligeramente familiarizado con aquellas doctrinas en las que se basan nuestros "entusiasmos literarios", sabría que los socialdemócratas no se hacen ninguna ilusión en absoluto sobre las cualidades de panacea de la "república democrática". Por poner un ejemplo que no se aleje demasiado del tema, Engels, en su introducción a *La guerra civil en Francia*, dice textualmente lo siguiente: "Y se cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse por la república democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía"[4]. Pero mientras el señor Grimm defiende la idea endeble de que la esencia del asunto radica en las "relaciones correctas entre los distintos órganos del poder estatal", según las cuales una monarquía y una república son igualmente válidas, el socialismo internacional considera que la república es la única forma posible de emancipación socialista (con la condición de que el proletariado se la arrebate de las manos a la burguesía y la transforme de una "máquina para la opresión de una clase por otra" en un arma para la emancipación socialista de la humanidad.

Desarrollo económico y dictadura del proletariado

Cuando en la prensa socialista se formuló por primera vez la idea de una *revolución ininterrumpida* que vincula la liquidación del absolutismo y la servidumbre con la revolución socialista a través de una serie de enfrentamientos sociales cada vez más intensos, la agitación de nuevos estratos de las masas y los incesantes ataques del proletariado contra los privilegios políticos y económicos de las clases dominantes, nuestra prensa "progresista" lanzó un grito unánime de rencor e indignación. ¡Ya había aguantado mucho, pero esto era demasiado! La revolución, clamaba, no era un camino que pudiera "legitimarse". Las medidas excepcionales solo son admisibles en circunstancias excepcionales. El objetivo del movimiento de liberación no es hacer que la revolución sea eterna, sino integrarla lo antes posible en el marco de la *ley,* etcétera, etcétera. Esta es la postura de la mayoría de los llamados "demócratas constitucionales", y los publicistas de este partido (Struve, Gessen, Miliukov), que se comprometen incansablemente con cada uno de sus planes, predicciones y advertencias, se alzaron hace tiempo contra la revolución en nombre de la "ley" que ya se ha conquistado. Hasta la huelga de octubre intentaron encauzar la revolución (mediante lamentos) hacia la Duma de Bulygin y proclamaron que cualquier lucha directa contra esta última suponía hacerle el juego a la reacción. Tras el manifiesto de octubre le dieron a la revolución un cheque posfechado por tres meses y medio más (del 6 de agosto al 17 de octubre) y, con gran magnanimidad, aceptaron la huelga de octubre bajo el nombre de "gloriosa". Pero para que nadie pensara que habían aprendido algo, exigieron, con asombroso ingenio, que la revolución se dejara encajar en el lecho de Procusto de la Constitución de Witte, y proclamaron que cualquier tipo de lucha *directa* contra esta última era hacer el juego a la reacción. No es de extrañar que estos señores, que solo pudieron ampliar el plazo de la revolución tres meses *a posteriori*, hayan dado un paso al frente con los dientes apretados ante la idea de una *revolución sin plazo alguno*. Solo un régimen constitucional completamente estable, con elecciones poco frecuentes y, a ser posible, con leyes excepcionales contra los socialdemócratas, con protestas convencionales de los liberales

[4] Página 10 del formato pdf en la edición más arriba referenciada.

contra dichas leyes, con interpelaciones de la oposición adormecidas y animados acuerdos entre bastidores (todo ello sobre la base de una explotación capitalista ininterrumpida de las masas, a las que se ha amordazado constitucionalmente con la ayuda de la monarquía, una legislatura bicameral y el ejército imperial), solo un régimen de " ley" puede recompensar a estos políticos por todos los insultos que han sufrido y proporcionarles, por fin, un escenario en el que desempeñar papeles de "gobierno". Los acontecimientos han ridiculizado lo suficiente a estos líderes, han puesto al descubierto de forma tan despiadada su ceguera e impotencia, que hace tiempo que nos han liberado de cualquier obligación de suplicarles el derecho a la existencia de la revolución.

Los representantes menos depravados de esta misma democracia no se atreven a pronunciarse contra la revolución en nombre de "conquistas" constitucionales ya logradas. Ni siquiera para ellos, un cretinismo parlamentario que se adelanta a la propia aparición del parlamentarismo parece ser un arma poderosa en la lucha contra la revolución proletaria. Están eligiendo otro camino; no argumentan basándose en la ley, sino en lo que a ellos les parecen los hechos (en las "posibilidades" históricas), en el "realismo" político y, finalmente… finalmente, incluso en el "marxismo". ¿Por qué no? Al fin y al cabo, Antonio, el piadoso burgués de Venecia, señaló con gran perspicacia:

Fíjate bien en esto, Bassanio,
el diablo puede citar las Escrituras *para sus propios fines.*

Estos señores, a menudo antiguos "marxistas", que poseen esa preciosa libertad de espíritu que solo aparece en ausencia de cualquier tipo de visión del mundo integral, se muestran igualmente ansiosos por eludir las conclusiones revolucionarias del marxismo bajo el amparo de la "crítica" y a utilizar ese mismo marxismo contra las tácticas revolucionarias de la socialdemocracia. Son igualmente contundentes a la hora de acusarnos de adherirnos servilmente a una doctrina obsoleta y de traicionar fundamentalmente la teoría evolutiva del marxismo.

¿Revolución ininterrumpida? ¿Transformación socialista? Pero ¿no enseña el marxismo que ninguna forma social da paso a otra antes de agotar su propio contenido, antes de desarrollar al máximo sus tendencias inmanentes. Y ¿se ha agotado el capitalismo ruso? ¿O acaso los socialdemócratas piensan, como los subjetivistas, que es posible superar el capitalismo por medios ideológicos? Y así sucesivamente. A veces, los liberales más obstinados, para quienes ni siquiera los demócratas constitucionales son lo suficientemente moderados, retoman este argumento de los antiguos "marxistas" que se inclinan a citar "las conclusiones de las Sagradas Escrituras". Así, el señor Alexander Kaufman afirma con profunda seriedad en *Poliarnaya Zvezda*: "Al creer (muchos de nosotros) en el triunfo final del ideal socialista, pensamos, al igual que Rodbertus, que la humanidad contemporánea (¿para quién?) la humanidad aún no está lo suficientemente madura para la 'tierra prometida del socialismo' y estamos convencidos, junto con Marx, de que la socialización de los medios de producción solo puede surgir del desarrollo gradual de las fuerzas productivas del país y del pueblo". Este señor Kaufman, que reza por el éxito de su causa ante Rodbertus y Marx, ante Lutero y al Papa, constituye un ejemplo vivo de esa ignorancia maliciosa que los críticos liberales muestran constantemente en cuestiones relacionadas con el socialismo.

El capitalismo debe "agotarse" antes de que el proletariado pueda tomar el poder del estado. ¿Qué significa esto? ¿Desarrollar al máximo las fuerzas productivas? ¿Llevar la concentración de la producción al máximo? Pero si es así, ¿qué es ese máximo? ¿Cuáles son sus características objetivas?

El desarrollo económico de las últimas décadas ha demostrado que el capitalismo no solo concentra las principales ramas de la producción en unas pocas manos, sino que también rodea a gigantescos organismos económicos con un crecimiento parasitario de

pequeñas empresas industriales y comerciales. En la agricultura, el capitalismo a veces acaba por completo con la pequeña producción, transformando al campesino en un jornalero agrícola o industrial, en un vendedor ambulante o en un vagabundo; otras veces conserva la economía campesina, sometiéndola a un control férreo; y otras crea pequeñas e incluso minúsculas empresas agrícolas, que aseguran una mano de obra campesina para los grandes terratenientes. Lo que se desprende de la enorme masa de manifestaciones y hechos entrelazados del desarrollo capitalista es lo siguiente: que el valor creado por las gigantescas empresas que dominan las principales ramas del trabajo social crece continuamente en comparación con el valor creado por las pequeñas empresas (y de esta manera facilita cada vez más la socialización de las principales ramas de la economía). Pero, en opinión de los críticos, ¿cuál debe ser la relación porcentual entre estos sectores de la producción social, para que se pueda afirmar que el capitalismo se ha agotado, para que el proletariado tenga derecho a decidir: "ha llegado ya el momento de que extienda mi mano y recoja el fruto maduro"?

Una vez alcanzado el poder, nuestro partido no espera construir el socialismo a partir de lo más profundo de su voluntad socialista; solo puede y solo basará su construcción socialista en el desarrollo económico objetivo, que, hay que suponer, no cesará cuando el proletariado llegue al poder. La cuestión es (*y este es un aspecto extremadamente importante*) que, en primer lugar, el desarrollo económico ha convertido desde hace tiempo al socialismo en un orden social objetivamente ventajoso y, en segundo lugar, el desarrollo económico no contiene en absoluto esos momentos determinados objetivamente que marcan el inicio del momento en que es posible emprender una intervención estatal planificada en la evolución elemental con el objetivo de desplazar la producción privada por la producción social.

Sin duda, es incuestionable que cuanto más avanzada sea la forma de desarrollo capitalista que encuentre el proletariado al tomar el poder, más fácilmente podrá hacer frente a sus tareas socialistas, más inmediatamente podrá ponerse a organizar la producción social y más breve (*ceteris paribus*) será el período de la revolución socialista. Pero la cuestión es (*y esto es otro aspecto importante de la cuestión*) que la elección del momento en que puede asumir el poder estatal no depende, en última instancia, del propio proletariado. La lucha de clases, que se desarrolla sobre la base de la evolución capitalista, es un proceso tan *objetivo*, con tendencias internas tan inevitables, como la propia evolución económica.

Por desgracia, la lógica de la lucha de clases resulta incomprensible para todos los políticos burgueses, incluidos aquellos que coquetean con el marxismo teórico de forma aún más "independiente" para oponerse a su expresión política, la socialdemocracia. Todo argumento que se derive de las relaciones de la lucha de clases resbala por su conciencia como lo haría por un cristal pulido. Se han aprendido de memoria con gran esfuerzo algunas proposiciones aisladas de la teoría marxista del desarrollo capitalista, pero siguen siendo bárbaros burgueses primitivos en todo lo que se refiere a la lucha de clases y su lógica objetiva. Cuando apelan al "desarrollo social objetivo" en respuesta a la idea de la revolución ininterrumpida (una conclusión que hemos extraído de las relaciones sociales y políticas), olvidan que este desarrollo incluye no solo la evolución económica, que ellos entienden de manera superficial, sino también la lógica revolucionaria de las relaciones de clase, en la que ni siquiera se atreven a pensar.

La socialdemocracia tiene tanto el deber como el deseo de ser la expresión consciente de los desarrollos objetivos. Pero una vez que el desarrollo objetivo de la lucha de clases plantea ante el proletariado la alternativa revolucionaria de asumir los derechos y deberes del poder estatal o de abandonar su posición de clase, la socialdemocracia hace de la conquista del poder estatal *su siguiente orden del día*. Al mismo tiempo, no ignora

en absoluto los procesos objetivos de desarrollo de carácter más profundo, los procesos de crecimiento y concentración de la producción, pero afirma: si el curso de la lucha de clases (que, en última instancia, depende del curso del desarrollo económico) empuja al proletariado hacia una dictadura antes de que la burguesía haya "agotado" sus tareas económicas (apenas ha comenzado siquiera sus tareas políticas), eso solo significa que la historia ha cargado al proletariado con problemas de una dificultad colosal. Quizá el proletariado incluso sucumba en la lucha y se derrumbe bajo su peso; eso puede ser. Pero no puede negarse a enfrentarse a ellos, so pena de desintegración de clase y de que todo el país caiga en la barbarie.

La revolución, la burguesía y el proletariado

La revolución no es una peonza que se pueda hacer girar con una cuerda. Pero tampoco es un Mar Rojo obediente, que un Moisés del liberalismo pueda abrir con un golpe de vara o un grito. Cuando hablamos de una revolución ininterrumpida, no partimos de una renuencia por nuestra parte a conducir el movimiento obrero dentro de los límites de la "ley" (¿qué tipo de ley? ¿la ley de la autocracia? ¿la de Witte? ¿la de Durnovo? ¿las propuestas legislativas de Struve? ¿qué ley?), sino que partimos de nuestro análisis de las relaciones de clase en la lucha revolucionaria en desarrollo. Hemos realizado este análisis docenas de veces. Hemos abordado la cuestión desde todos los ángulos. En cada ocasión, los hechos han justificado nuestro análisis. Los políticos y publicistas burgueses se han quejado mucho de nosotros, pero ni una sola vez han intentado respondernos en substancia.

Durante el último año, la revolución, que ha demostrado una energía y una falta de cansancio colosales, no ha logrado, sin embargo, desarrollar ni una sola institución estatal que sirva de apoyo real a las "libertades" y las "garantías". La Duma del 6 de agosto fue disuelta. La Duma del 17 de octubre al 11 de diciembre está condenada al desastre. Los liberales, que durante todo este tiempo han estado esperando pacientemente a que la montaña de la revolución diera a luz a un ratón, retroceden horrorizados ante la "falta de resultados" de la revolución. Pero, mientras tanto, la revolución tiene derecho a estar orgullosa de esta "falta de resultados"; no es más que la expresión externa de su fuerza interna. Cada vez que el absolutismo intenta llegar a un acuerdo con los desconcertados representantes de las clases poseedoras y, tras hacerse a la idea con ellos, comienza a trazar proyectos constitucionales, una nueva ola revolucionaria, incomparablemente más poderosa que todas las anteriores, arrasa los bocetos y rechaza o anula a los redactores burocráticos y liberales.

La burguesía no es capaz de conducir al pueblo a la conquista de un orden parlamentario mediante el *derrocamiento* del absolutismo. Pero el pueblo, en la persona del proletariado, impide que la burguesía consiga garantías constitucionales mediante un *acuerdo* con el absolutismo. La democracia burguesa no es capaz de guiar al proletariado, pues este ha madurado demasiado como para seguirla; quiere que sea la burguesía la que le siga. Y la democracia está demostrando ser aún más impotente que el liberalismo. Al igual que el liberalismo, está alejada del pueblo, pero carece de las ventajas sociales de la burguesía. Es insignificante.

El proletariado es la *única* fuerza dirigente y la *principal* fuerza de lucha de la revolución. Está al mando del campo de batalla, y no se conforma, ni se conformará, con ninguna concesión. Con respiros y retrocesos temporales, conducirá la revolución a una victoria que le transferirá el poder.

No intentaremos en estos momentos demostrarlo basándonos en los hechos del último año; remitimos al lector a la literatura socialdemócrata de este período[5].

Aquí nos detendremos solo para ofrecer un ejemplo de la impotencia intrínseca de la burguesía en la lucha por un orden parlamentario. La representación popular, como precio de un acuerdo entre la burguesía y la monarquía, así como escenario permanente para alcanzar tales acuerdos, es aniquilada por la revolución cada vez que está a punto de nacer. Otra institución histórica de las revoluciones burguesas fue aniquilada en su mismo embrión o, para ser más precisos, en su concepción. Se trata de la milicia ciudadana.

La milicia (guardia nacional) fue la primera consigna y la primera conquista de todas las revoluciones: en 1789 y 1848 en París, en todos los estados italianos, en Viena y Berlín. En 1848, la guardia nacional (es decir, el armamento de las clases poseedoras y "cultas") fue la consigna de todas las oposiciones burguesas, incluso de las más moderadas, y tenía la tarea no solo de preservar las conquistas o "concesiones" de libertades frente a la subversión desde arriba, sino también de proteger la propiedad burguesa frente a los intentos del proletariado. Así pues, la milicia era una clara reivindicación de clase de la burguesía. "Los italianos sabían bien [dice un historiador liberal inglés sobre la unificación de Italia] que el armamento de una guardia ciudadana hacía imposible, de ahí en adelante, el despotismo. Para las clases propietarias, además, era una garantía contra una posible anarquía y toda la agitación que 'estaba actuando entre bastidores'" (Bolton King, *A History of Italian Unity*, traducción al ruso, Moscú, 1901, volumen 1, página 220). Y la reacción dominante, al no disponer de suficiente fuerza militar en los centros de actividad para hacer frente a la "anarquía", es decir, a las masas revolucionarias, armó a la burguesía. El absolutismo permitió primero a los burgueses reprimir y pacificar a los trabajadores, y luego desarmó y pacificó a los propios burgueses.

En nuestro país, la milicia como consigna no cuenta con ningún apoyo entre los partidos burgueses. Es imposible que los liberales no comprendan, en esencia, la importancia de estar armados: el absolutismo les ha dado unas cuantas lecciones prácticas al respecto. Pero también comprenden la total imposibilidad de una milicia sin el proletariado y contra el proletariado en nuestras condiciones. Los trabajadores rusos se parecen muy poco a los de 1848, que se llenaban los bolsillos de piedras y llevaban todo lo que caía en sus manos, mientras que los comerciantes, los estudiantes y los abogados llevaban mosquetes reales al hombro y sables a la cintura,

En Rusia, armar la revolución significa, ante todo, armar a los trabajadores. Sabiéndolo y temiéndolo, los liberales renuncian por completo a la milicia. Abandonan esta posición al absolutismo sin librar batalla (al igual que Thiers abandonó París y Francia a Bismarck, antes que armar a los obreros).

En la recopilación *Gobierno constitucional*, ese manifiesto de la coalición liberal-democrática, el señor Dzhivelegov, al considerar la posibilidad de un derrocamiento del gobierno, afirma con toda razón que "cuando sea necesario, la propia sociedad debe mostrar su disposición a levantarse en defensa de su constitución". Y dado que de ello se deriva naturalmente la exigencia de armar al pueblo, el filósofo liberal considera "necesario añadir" que, para repeler los golpes de estado, "no es en absoluto necesario que todo el mundo tenga armas en la mano". Solo es necesario que la propia sociedad

[5] Por ejemplo, nuestro folleto *Antes del 9 de enero* (desde esta misma serie se puede descargar uno de sus epígrafes: "La guerra y la oposición liberal (*Antes del 9 de enero*)"), y especialmente la introducción del camarada Parvus ("Prefacio a Antes del 9 de enero de L. Trotsky", en la serie Parvus (Alejandro Helphand), de nuestro sello hermano Alejandría proletaria). Además, remitimos al lector a ciertos artículos de *Nachalo* y también a mi introducción al *Discurso ante el tribunal* de Lassalle ("Extracto del Prólogo al folleto de F. Lassalle 'Discurso ante el tribunal'", en esta misma serie de nuestras EIS). Esta introducción, escrita en julio [sic] de 1905, ha tenido una trayectoria complicada y solo ahora ve la luz impresa.

esté preparada para dar una respuesta contundente. Por qué medios, se desconoce. Si algo queda claro de este subterfugio, es solo esto: que en el corazón de nuestros demócratas el miedo al proletariado armado supera al miedo a los soldados de la autocracia.

Del mismo modo, la tarea de armar la revolución recae con todo su peso sobre el proletariado. Y la milicia ciudadana, la reivindicación de clase de la burguesía de 1848, aparece en nuestro país desde el principio como una exigencia de armar al pueblo y, sobre todo, al proletariado. Todo el destino de la revolución rusa depende de esta cuestión.

El proletariado y el campesinado

Las primeras tareas a las que se enfrentará el proletariado inmediatamente tras su conquista del poder serán tareas políticas: consolidar su posición, armar la revolución, desarmar a la reacción, ampliar la base de la revolución, reconstruir el estado. En el cumplimiento de estas tareas, especialmente de la última, el proletariado ruso no olvidará la experiencia de la Comuna de París. La abolición del ejército permanente y de la policía, el armamento del pueblo, la dispersión de la burocracia mandarina, el establecimiento del principio de elección de todos los funcionarios, la igualación de sus salarios, la separación de la iglesia y el estado: estas son las medidas que, siguiendo el ejemplo de la Comuna, es necesario llevar a cabo desde el primer momento.

Sin embargo, el proletariado no podrá consolidar su poder sin haber ampliado la base de la propia revolución. Muchos sectores de las masas trabajadoras, especialmente en el campo, se sumarán a la revolución y asumirán organización política solo después de que la vanguardia de la revolución, el proletariado urbano, se ponga al frente del estado. La agitación y la organización revolucionarias se llevarán a cabo con la ayuda de los recursos del estado. Por último, el propio poder legislativo se convertirá en un arma poderosa para que las masas populares se revolucionen.

Además de esto, el carácter de nuestra situación sociohistórica, que hace recaer toda la carga de la revolución burguesa sobre los hombros del proletariado, no solo creará enormes dificultades para el gobierno obrero, sino que también le proporcionará ventajas inestimables. Esto se reflejará en la relación entre el proletariado y el campesinado.

En las revoluciones de 1789-1793 y 1848, el poder pasó en un primer momento del absolutismo a los elementos moderados de la burguesía; estos últimos liberaron al campesinado (cómo lo hicieron es otra cuestión) antes de que la democracia revolucionaria recibiera o se preparara para recibir el poder en sus propias manos. Los campesinos, que habían sido liberados de la servidumbre, perdieron todo interés en las empresas políticas de los "ciudadanos", es decir, en el curso posterior de la revolución; y, constituyendo un estrato inmóvil en la base del "orden", entregaron la revolución a una reacción cesarista o absolutista tradicional.

La revolución rusa, como ya se ha dicho, no permite el establecimiento de ningún tipo de orden constitucional burgués capaz de resolver las tareas más elementales de la democracia. En lo que respecta a los burócratas reformistas del estilo de Witte, todos sus esfuerzos ilustrados se ven arruinados por su propia lucha por la supervivencia. Como resultado de ello, el destino de los intereses revolucionarios más elementales del campesinado (incluso de *todo el campesinado* como *estamento*) está vinculado al destino de toda la revolución, es decir, al destino del proletariado.

El proletariado en el poder se presentará ante el campesinado como una clase liberadora.

Al igual que la Comuna, tendrá pleno derecho a proclamar a los campesinos: "Nuestra victoria es vuestra victoria".

El dominio del proletariado significará no solo democracia y autogobierno libre, la transferencia de todo el peso de la carga fiscal a la clase poseedora, la disolución del

ejército permanente para integrarlo en el pueblo armado, y la abolición de las contribuciones obligatorias a la iglesia, sino también el reconocimiento de todas las reorganizaciones revolucionarias (expropiaciones) que hayan llevado a cabo los campesinos en las relaciones agrarias. El proletariado tomará estas reorganizaciones como punto de partida para nuevas medidas estatales en el ámbito de la agricultura. En cualquier caso, bajo tales condiciones el campesinado ruso tendrá no menos interés (desde el principio, durante el primer período, más difícil) en el apoyo al régimen proletario (la democracia obrera), que el que tuvieron los campesinos franceses en el apoyo al régimen militar de Napoleón Bonaparte, que garantizaba a los nuevos propietarios, a fuerza de sus bayonetas, la inviolabilidad de sus parcelas de tierra. Y esto significa que la representación popular, convocada bajo la dirección del proletariado (que se ha asegurado el apoyo del campesinado), no será otra cosa que una forma democrática del gobierno de la democracia obrera.

Pero ¿no podría el propio campesinado desplazar al proletariado y ocupar su lugar? Es imposible. Toda la experiencia histórica se opone a esta propuesta. Demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político *independiente*.[6]

La historia del capitalismo es la historia de la subordinación del campo a la ciudad. A su debido tiempo, el desarrollo industrial de las ciudades europeas hizo imposible la continuidad de las relaciones feudales en el ámbito de la producción agrícola. Pero el campo por sí mismo no pudo generar una clase capaz de hacer frente a la tarea revolucionaria de la destrucción del feudalismo. Fue la misma ciudad, la que subordinó la agricultura al capital, la que desarrolló las fuerzas revolucionarias que establecieron la hegemonía política sobre los pueblos y propagaron en ellos una revolución en las relaciones estatales y de propiedad. Con el desarrollo posterior, el campo cae en la servidumbre económica del capital, y el campesinado en la servidumbre política de los partidos burgueses. Estos resucitan el liberalismo en la política parlamentaria, transformando al campesinado en su dominio político y en su coto de caza electoral. El estado burgués contemporáneo empuja al campesino a las fauces del capital usurero a través de los impuestos y el militarismo, y, por medio de los clérigos del estado, las escuelas públicas y la depravación de los cuarteles, lo convierte en víctima de una política usurera.

---

[6] ¿No quedan refutadas estas consideraciones, y las posteriores, por el hecho del surgimiento y desarrollo de la "Unión de Campesinos"? En absoluto. ¿Qué es la "Unión de Campesinos"? La unificación de ciertos elementos de la democracia radical, que buscan a las masas, con los elementos más conscientes del campesinado (aparentemente no sus estratos más bajos) en nombre de un cambio democrático y una reforma agraria. Por muy rápido que pueda crecer la "Unión de Campesinos", no cabe la más mínima duda de que está extremadamente lejos de convertirse en la organización política de las masas campesinas. La revolución avanza a tal ritmo que es imposible esperar (dejando de lado todas las demás consideraciones) que la "Unión de Campesinos" pueda, para cuando se produzca el derrocamiento definitivo del absolutismo y el traspaso del poder a manos de la revolución, convertirse en un competidor serio del proletariado organizado. Además, no hay que olvidar que los principales enfrentamientos revolucionarios se están produciendo en las ciudades (y eso por sí solo asigna a la "Unión de Campesinos" el papel de destacamento militar auxiliar, lo que también determina su lugar en la escala de fuerzas políticas. En cuanto al programa agrario de la "Unión de Campesinos" ("igualdad en el uso de la tierra"), que constituye la razón de su existencia, es necesario señalar lo siguiente: cuanto más amplio y profundo sea el desarrollo del movimiento agrario, cuanto antes se llegue a la confiscación y la redistribución, más rápidamente la "Unión de Campesinos" se desintegrará en virtud de miles de contradicciones de clase, locales, culturales y técnicas. Sus miembros tendrán su cuota de influencia en los comités campesinos, los órganos de la revolución agraria en las localidades; pero, por supuesto, los comités campesinos, instituciones económicas y administrativas, no pueden abolir esa dependencia política de la aldea respecto a la ciudad, que constituye una de las características básicas de la sociedad contemporánea.

La burguesía rusa cederá todas sus posiciones revolucionarias al proletariado. También se verá obligada a abandonar su hegemonía sobre el campesinado. En la situación que se creará con la transferencia del poder al proletariado, el campesinado no tendrá más alternativa que adherirse al régimen de la democracia obrera (aunque lo haga con tan poca conciencia como la que suele mostrar al adherirse al régimen burgués). Pero mientras que todo partido burgués, una vez que ha obtenido los votos del campesinado, tiende a utilizar su poder para saquear al campesinado y engañarlo en todas sus expectativas y promesas, y luego, como el peor castigo previsible, cede el paso a otro partido capitalista, el proletariado, cuando cuenta con el apoyo del campesinado, pondrá en marcha todas las fuerzas para elevar el nivel cultural del pueblo y desarrollar la conciencia política de los campesinos.

Marx dice, refiriéndose a los prejuicios del campesino francés: "¿cómo hubiera podido hacer frente a la apelación de la Comuna a los intereses vitales y las necesidades más apremiantes de los campesinos? Los "rurales" (tal era, en realidad, su principal preocupación) sabían que tres meses de libre contacto del París de la Comuna con las provincias bastarían para desencadenar una sublevación general de campesinos; de aquí su prisa por establecer el bloqueo policíaco de París para impedir que la epidemia se propagase."[7]

De todo lo dicho se desprende claramente cómo consideramos la idea de la "dictadura del proletariado y del campesinado". La esencia de la cuestión no radica en si la consideramos permisible, independientemente de si "queremos" o "no queremos" tal forma de cooperación política. Pero la consideramos irrealizable (al menos en un sentido directo e inmediato).

En realidad, una coalición de este tipo presupone o bien que uno de los partidos burgueses existentes se haga con el control del campesinado, o bien que el campesinado cree su propio partido poderoso. Ni lo uno ni lo otro, como hemos intentado demostrar, es posible.

No obstante, la dictadura del proletariado representará sin duda todos los intereses progresistas y legítimos del campesinado (y no solo del campesinado, sino también de la pequeña burguesía y la intelectualidad). "…La Comuna [dice Marx] fue, por tanto, la verdadera representante de todos los elementos sanos de la sociedad francesa y, por lo tanto, el verdadero gobierno nacional".

Pero seguía siendo *la dictadura del proletariado.*

Métodos y objetivos de la dictadura del proletariado

La dictadura del proletariado no significa en modo alguno la dictadura de la organización revolucionaria sobre el proletariado, sino una dictadura sobre el conjunto de la sociedad *a través* del proletariado. Y esto queda mejor demostrado que nunca por la Comuna de París.

La revolución vienesa de marzo de 1848 estuvo dominada por los estudiantes, que eran el único sector de la sociedad burguesa aún capaz de llevar a cabo una política revolucionaria firme. El proletariado, que carecía de cohesión, experiencia política y liderazgo independiente, siguió a los estudiantes. En todos los momentos críticos, los trabajadores ofrecían invariablemente a los "caballeros que trabajan con la cabeza" la ayuda de aquellos que "trabajan con las manos". Los estudiantes a veces convocaban a los trabajadores, otras veces les bloqueaban el paso a la salida de los suburbios. En ocasiones, en virtud de su autoridad política, respaldada por las armas de la Legión Académica, prohibían a lo obreros manifestarse con sus propias reivindicaciones

[7] Página 39 del formato pdf de la ya más arriba referenciada *La guerra civil en Francia*.

independientes. Se trataba de una forma clásicamente clara de dictadura revolucionaria benévola *sobre* el proletariado.

En la Comuna de París, todo se basaba en la independencia política de los obreros. El Comité Central de la Guardia Nacional advirtió al electorado proletario de la Comuna que no olvidara que solo aquellas personas elegidas de entre los propios obreros les servirían bien. "Eviten a los propietarios", escribió el Comité Central, "pues es extremadamente raro que una persona acomodada se sienta inclinada a considerar a un trabajador como a un hermano". La Comuna era el comité ejecutivo del proletariado (la Guardia Nacional, su ejército); los funcionarios, sus servidores responsables. Esta era la dictadura del proletariado.

La clase obrera rusa de 1906 no se parece en nada a la clase obrera vienesa de 1848. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los sóviets de diputados obreros en toda Rusia. Estas organizaciones conspirativas preparadas de antemano, que se habían hecho con el poder sobre la masa proletaria en un momento de agitación. Son órganos que constituyen creaciones planificadas de esa masa para la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos sóviets, que han sido elegidos por las masas y son responsables ante ellas, estas instituciones incondicionalmente democráticas, llevan a cabo la política de clase más decidida, en el espíritu del socialismo revolucionario. Están lejos de ser un gobierno provisional; por el momento, podrían incluso quedar en nada. Pero son, sin lugar a dudas, futuros puntos de apoyo locales para un gobierno provisional. Y la actividad de los sóviets obreros muestra claramente que la política del proletariado ruso en el poder supondrá un nuevo paso colosal hacia adelante en comparación con la Comuna de 1871.

Los obreros parisinos (dice Marx) no exigieron milagros a la Comuna. Tampoco ahora debemos esperar que la dictadura del proletariado produzca milagros de forma instantánea. El poder estatal no es todopoderoso. Sería absurdo pensar que lo único que tiene que hacer el proletariado es hacerse con el poder y que, mediante unos pocos decretos, pueda sustituir el capitalismo por el socialismo. La estructura económica no es producto de la actividad del estado. El proletariado solo puede aplicar el poder estatal, con toda su energía, para facilitar y acortar el camino de la evolución económica hacia el colectivismo.

El proletariado comenzará con aquellas reformas que forman parte del llamado programa mínimo y, partiendo directamente de ellas, por la propia lógica de su posición, se verá obligado a pasar a medidas colectivistas.

Introducir la jornada de ocho horas y un impuesto sobre la renta fuertemente progresivo será una tarea relativamente sencilla, aunque también en este caso el centro de gravedad no radica en la publicación de la "ley" sino en la organización de su ejecución. Pero la principal dificultad (¡y aquí pasamos al colectivismo!) consistirá en la organización de la producción por parte del estado en aquellas fábricas y plantas que serán cerradas por sus propietarios como respuesta a la publicación de esas leyes.

De nuevo, será una cuestión relativamente sencilla promulgar una ley que derogue el derecho de sucesión y ponerla en práctica; unas pocas herencias en forma de capital monetario tampoco supondrán ninguna dificultad para el proletariado ni supondrán una carga para su economía. Pero que el gobierno obrero se presente como heredero del capital inmobiliario e industrial significa asumir la organización de la producción sobre una base socializada.

Lo mismo, pero a una escala mucho mayor, debe decirse de la expropiación (con o sin indemnización). La expropiación con indemnización ofrece ventajas políticas, pero dificultades financieras; la expropiación sin indemnización ofrece ventajas financieras, pero dificultades políticas. Pero mayores que las dificultades financieras o políticas serán las dificultades económicas y organizativas.

Repetimos: un gobierno del proletariado no significa un gobierno de milagros.

La socialización de la producción comenzará por aquellos sectores que presenten menos dificultades. En el primer período, el sector socializado de la producción tendrá el aspecto de oasis conectados con las empresas económicas privadas mediante las leyes del intercambio de mercancías. Cuanto más amplio sea el ámbito ya ocupado por la economía socializada, más evidentes serán sus ventajas, más estable se percibirá el nuevo régimen político y más audaces serán las medidas económicas posteriores del proletariado. Para estas medidas se basará no solo en las fuerzas productivas nacionales, sino también en la técnica internacional, de forma muy similar a como se basa, en su política revolucionaria, no solo en las relaciones de clase nacionales existentes en ese momento, sino también en toda la experiencia histórica del proletariado internacional.

Más aún: al poseer el poder que la revolución le ha otorgado, el proletariado ruso hará todo lo que las circunstancias indiquen para vincular de forma inmediata y directa el destino de su causa nacional con la causa del socialismo mundial.[8] Esto no solo lo exigen los principios internacionales generales de la política proletaria: la poderosa voz de la supervivencia de clase le obligará a emprender este camino.

El proletariado ruso no dará marcha atrás; solo podrá llevar su gran causa hasta el final bajo una única condición: que sepa salir del marco nacional de nuestra gran revolución y convertirla en el prólogo de la victoria mundial del trabajo.

San Petersburgo, diciembre de 1905

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es

[8] Hablamos en términos generales sobre las perspectivas internacionales de la revolución en el “Prólogo” mencionado anteriormente al discurso de Lassalle. Ver la referencia más arriba en la nota a pie de página número 5.